

CORREO DE MALLORCA

PERIÓDICO CATÓLICO

Año III.—N.º 908

OFICINAS: Plaza de Santa Eulalia, n.º 9, 1.º
Horas de despacho: de 10 a 2 y de 4 a 7

Domingo 27 de Octubre de 1912

PALMA DE MALLORCA
Apartado de Correos núm. 19.—Teléfono núm. 133
FRANQUEO CONCERTADO

Paquito Vargas

(Capítulo de novela)

«... ¡Quién lo dijera! Allí despedílo para siempre. Cerré sus ojos sin vida, y mientras los gendarmes levantaban su cuerpo exánime, terminaba las últimas notas del responso, contenido en la emoción profunda que me oprimía. La suerte avocada—inolvidable, Currito—quiso que le diera el último adiós»

Tayo,

Roberto de...

Misión de X, 4 de Octubre de 1911.

Recibí con algún retraso la carta del buen padrecito, mi inolvidable Roberto, el compañero inseparable de Paquito y yo, y por cierto que bien la deseaba.

En una mañana fresca de Junio, bajaba por la vertiente soñadora de los Albanos, y mientras el travía eléctrico, velozmente, jugueteaba, ondulaba por las amenas vertientes como el águila que baja de los Alpes ondulando sistemáticamente hasta el fondo del valle, gozábame la vista del viajero sobre el inmenso panorama que se extendía a nuestros pies, posándome, ora sobre las altivas ruinas de los Castelli o sobre las bandadas de caseríos, hoteles y villas de mil colores, posadas como bandadas de aves mensajeras sobre el verdor del inmenso valle, ora sobre los muros y torrescenas rotas de la ciudad que no muere... y sin embargo, mis pensamientos se hallaban, se hallaban, lector mío, asaz lejanos de la admiración y pensamientos de mis compañeros de viaje, dos misas conjuntas, un alemán de bigote rubio, un vero romano paizando e indiferente, dos o tres políticos con aire de pintor o poeta, y tres o cuatro damiselas filósicas.

En Aricia había voceado *Il Messaggero*, por boca de un rapazuelo, tan suco como simpático, el suicidio de un *giovine spagnolo a Milano*; no pude comprar el periódico porque al levantarme del asiento mi *express* silbó con estridencia, emprendiendo veloz carrera por la vertiente de *Villa Torlonia*. Me levanté del asiento, y a fe que no había desahogado bien de mi anterior carrera, y acorruqué al conductor, deseoso de noticias sobre mi patriótico difunto. El *signorino* de los billetes leía a media voz: «... en Milán, un joven español llamado Francisco... (¿chell?) *Francisco Vargas di Z...*, simpático y elegante, locamente enamorado de la bellísima Elsa di Montegone, contralto de la Scala, celoso de cierto gentilhombre, después de una negativa de la bella hetaira, acometió al fustigamiento inglés en la escalera del Parthenon de Piermarini, promoviendo un altercado del cual resultó víctima inconsciente el simpático español. Una preta desconocida logró acercarse a la víctima para cumplir lo que él llamó su obligación...»

«No cabe duda!—me dije, violentándome para no manifestar la emoción...— era él, el amigo de la infancia. Con él, con Roberto de... había pasado los años soñadores (si es que no lo son todos los de esta vida miserable) en el colegio. El bueno del P. Otero le llamaba a Paquito el ángel perdido. Y en verdad que Paquito era un ángel soñador y extraviado, y al presente perdido, pues que no menta el periódico de los lavaderos romanos. A Paquito le encantaba la Revista de las Misiones, y se leía y releía con avidez las narraciones de los lejanos misioneros, asegurándonos a nosotros, que le creíamos, y al P. Otero, que no le creía nunca, que a él había criado Dios para misionero. Pero, ¡casos de la vida! Roberto, que tenía *marcadísima* vocación de ingeniero, llegó a edificar, según sus aficiones, las chozas humildes de la Misión de X, cuando Paquito se encontraba locamente, en Madrid, de la bella Elsa di Montegone y la segna con insustentable por Londres y por París. Por casualidad supe las locuras de Paquito y conocí a la Elsa, hacía unos meses, en el expresito de Marsella a Génova, después del *ceremonioso de dejeuner, messieurs, s'il vous plait*, del mozo del vagón-restaurant. Allí me dirigí con Paquito, a quien había encontrado en Marsella, y allí hablé con Elsa. A Paquito sonreía el idilio; bien lo pudo notar cuando desfilaban ante mis ojos las pirámides salitres de Hyeres, las bravías cuadras de San Rafael, los arcaicos del Estater, las calzadas de Cannes cubiertas de geraneos, la canastilla abriñola de Niza, las rocas de Cap d'Albi, los almenados muros de Mónaco... las sonrisas dulces de la Côte d'Azur y de la gentil Riviera italiana.

Convenido, por fin, de lo que aseguraba el P. Otero, le dejé a Paquito, locamente perdido, allí en Milán, la *città della musica dolce*. Unos meses después, cuando regresaba a Roma, a donde me llevaron mis aficiones, me enteré, como he dicho, del desgraciado suceso. Después leí, en el *Corriere*, que Paquito se había confesado con... el Padre Roberto de... Misionero español de X, que se hallaba casualmente en Milán, de regreso de Roma, a donde había ido llamado por la Congregación de Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

[Ah, pícaro mundo; cuantas proezas malgastas!

Esto contó a sus antiguos condiscipulos, y de vuelta para España, al pedirle noticias del travieso Paquito Vargas, el servidor de Vds.,

Currito Centellas

Palma, Octubre de 1912.

El conflicto de Oriente

La guerra en los Balkanes

Los búlgaros de triunfo en triunfo

El ejército búlgaro ha tomado la plaza de Kirk Kilisso rindiéndose la guarnición, compuesta de 50 000 hombres. Los búlgaros se apoderaron de gran número de cañones y de municiones en gran cantidad.

Los turcos se replegaron sobre Bana-Rhisar.

Según informes de Sofía, al conocerse la noticia de la toma de Kirk Kilisso, una multitud enorme de manifestantes, llevando banderas de las naciones aliadas, se ha formado espontáneamente, aclamando a las legaciones de Grecia, Serbia, Rusia e Inglaterra.

Después de ha apostado frente al Palacio real y Círculo militar.

La multitud lanzaba clamores triunfantes y cantaba el himno nacional.

Habiendo los manifestantes encontrado en el camino a Panas, representante de Grecia, le llevaron en triunfo.

Las campanas de las iglesias han sido echadas al vuelo; la ciudad está engalanada.

Se celebrarán en todo el reino oficios de Requiem en sufragio del alma de los soldados búlgaros muertos, y al mismo tiempo se celebrarán funciones religiosas en acción de gracias por el éxito de las armas búlgaras.

Sobre Andrinópolis

Después los búlgaros de Kirk Kilisso, se disponen a marchar hacia Andrinópolis, en donde seguramente, como ya dijimos, se librará una gran batalla.

Una salida efectuada por las tropas turcas de Andrinópolis, dirigiéndose hacia el Norte, ha sido rechazada con grandes pérdidas por parte de los turcos, que dejaron sobre el campo de batalla doce cañones y 15 armerías de artillería.

Otros informes de Kirk Kilisso

Noticias de Sofía dan cuenta de que en el distrito de Raslog los turcos opusieron fuerte resistencia cerca de la villa de Elechnitza, pero, obligados a ceder ante un contraataque, se retiraron hacia Bancko, y en largo desfiladero, en dirección a Nevrecoop.

Las pérdidas búlgaras fueron insignificantes.

Después de la toma de Malko Trnovo, la administración búlgara se estableció allí.

La guarnición turca se declaró en fuga antes de ser atacada por los búlgaros.

El número de prisioneros turcos capturados en el combate que se libró cerca del pueblo de Yuvuch, sobre la orilla derecha del Maritza, es de 1 600.

El primer grupo de los que han llegado a Stuzgora compónese de 342 soldados y clases, capitanes y tenientes.

Dos grupos más serán enviados desde Mustafá-bei.

Se hace notar el hecho de que los diarios turcos relatan que los búlgaros de Macedonia se habían disfrazado de soldados turcos y que se habían entregado a la matanza de mujeres y niños búlgaros, a fin de hacer creer a Europa que esas matanzas las habían efectuado los turcos.

Se declara que tales maniobras no tienen necesidad de ser desmentidas, pues además de ser inadmisibles que los búlgaros asesinaran a sus propios hermanos, todo el mundo sabe que los musulmanes mismos han hallado excelentes disposiciones en la población búlgara, y que los prisioneros musulmanes, muy bien tratados, han sido alojados en las mejores condiciones y que los prisioneros de religión y raza cristiana han sido puestos en libertad.

La acción de Montenegro

Los montenegrinos se han apoderado de varias posiciones importantes frente a Tarabosch, entre otras, las de Vroka Kopljic y Rijoli.

La tribu de Forstiba ha declarado que observará una actitud neutral.

Dícese que los turcos están dispuestos a negociar el asunto de su rendición y los montenegrinos les concederán una retirada honrosa si depone las armas.

Los montenegrinos han conquistado la altura de Kronja, importante posición para atacar a Tarabosch, y han colocado en ella su artillería.

Actualmente transportan más cañones, municiones y víveres de Podgoritza.

El cuartel general montenegrino se ha trasladado a Vroka.

El rey Nicolás va con frecuencia a Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

En una mañana fresca de Junio, bajaba por la vertiente soñadora de los Albanos, y mientras el travía eléctrico, velozmente, jugueteaba, ondulaba por las amenas vertientes como el águila que baja de los Alpes ondulando sistemáticamente hasta el fondo del valle, gozábame la vista del viajero sobre el inmenso panorama que se extendía a nuestros pies, posándome, ora sobre las altivas ruinas de los Castelli o sobre las bandadas de caseríos, hoteles y villas de mil colores, posadas como bandadas de aves mensajeras sobre el verdor del inmenso valle, ora sobre los muros y torrescenas rotas de la ciudad que no muere... y sin embargo, mis pensamientos se hallaban, se hallaban, lector mío, asaz lejanos de la admiración y pensamientos de mis compañeros de viaje, dos misas conjuntas, un alemán de bigote rubio, un vero romano paizando e indiferente, dos o tres políticos con aire de pintor o poeta, y tres o cuatro damiselas filósicas.

En Aricia había voceado *Il Messaggero*, por boca de un rapazuelo, tan suco como simpático, el suicidio de un *giovine spagnolo a Milano*; no pude comprar el periódico porque al levantarme del asiento mi *express* silbó con estridencia, emprendiendo veloz carrera por la vertiente de *Villa Torlonia*. Me levanté del asiento, y a fe que no había desahogado bien de mi anterior carrera, y acorruqué al conductor, deseoso de noticias sobre mi patriótico difunto. El *signorino* de los billetes leía a media voz: «... en Milán, un joven español llamado Francisco... (¿chell?) *Francisco Vargas di Z...*, simpático y elegante, locamente enamorado de la bellísima Elsa di Montegone, contralto de la Scala, celoso de cierto gentilhombre, después de una negativa de la bella hetaira, acometió al fustigamiento inglés en la escalera del Parthenon de Piermarini, promoviendo un altercado del cual resultó víctima inconsciente el simpático español. Una preta desconocida logró acercarse a la víctima para cumplir lo que él llamó su obligación...»

«No cabe duda!—me dije, violentándome para no manifestar la emoción...— era él, el amigo de la infancia. Con él, con Roberto de... había pasado los años soñadores (si es que no lo son todos los de esta vida miserable) en el colegio. El bueno del P. Otero le llamaba a Paquito el ángel perdido. Y en verdad que Paquito era un ángel soñador y extraviado, y al presente perdido, pues que no menta el periódico de los lavaderos romanos. A Paquito le encantaba la Revista de las Misiones, y se leía y releía con avidez las narraciones de los lejanos misioneros, asegurándonos a nosotros, que le creíamos, y al P. Otero, que no le creía nunca, que a él había criado Dios para misionero. Pero, ¡casos de la vida! Roberto, que tenía *marcadísima* vocación de ingeniero, llegó a edificar, según sus aficiones, las chozas humildes de la Misión de X, cuando Paquito se encontraba locamente, en Madrid, de la bella Elsa di Montegone y la segna con insustentable por Londres y por París. Por casualidad supe las locuras de Paquito y conocí a la Elsa, hacía unos meses, en el expresito de Marsella a Génova, después del *ceremonioso de dejeuner, messieurs, s'il vous plait*, del mozo del vagón-restaurant. Allí me dirigí con Paquito, a quien había encontrado en Marsella, y allí hablé con Elsa. A Paquito sonreía el idilio; bien lo pudo notar cuando desfilaban ante mis ojos las pirámides salitres de Hyeres, las bravías cuadras de San Rafael, los arcaicos del Estater, las calzadas de Cannes cubiertas de geraneos, la canastilla abriñola de Niza, las rocas de Cap d'Albi, los almenados muros de Mónaco... las sonrisas dulces de la Côte d'Azur y de la gentil Riviera italiana.

Convenido, por fin, de lo que aseguraba el P. Otero, le dejé a Paquito, locamente perdido, allí en Milán, la *città della musica dolce*. Unos meses después, cuando regresaba a Roma, a donde me llevaron mis aficiones, me enteré, como he dicho, del desgraciado suceso. Después leí, en el *Corriere*, que Paquito se había confesado con... el Padre Roberto de... Misionero español de X, que se hallaba casualmente en Milán, de regreso de Roma, a donde había ido llamado por la Congregación de Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

En una mañana fresca de Junio, bajaba por la vertiente soñadora de los Albanos, y mientras el travía eléctrico, velozmente, jugueteaba, ondulaba por las amenas vertientes como el águila que baja de los Alpes ondulando sistemáticamente hasta el fondo del valle, gozábame la vista del viajero sobre el inmenso panorama que se extendía a nuestros pies, posándome, ora sobre las altivas ruinas de los Castelli o sobre las bandadas de caseríos, hoteles y villas de mil colores, posadas como bandadas de aves mensajeras sobre el verdor del inmenso valle, ora sobre los muros y torrescenas rotas de la ciudad que no muere... y sin embargo, mis pensamientos se hallaban, se hallaban, lector mío, asaz lejanos de la admiración y pensamientos de mis compañeros de viaje, dos misas conjuntas, un alemán de bigote rubio, un vero romano paizando e indiferente, dos o tres políticos con aire de pintor o poeta, y tres o cuatro damiselas filósicas.

En Aricia había voceado *Il Messaggero*, por boca de un rapazuelo, tan suco como simpático, el suicidio de un *giovine spagnolo a Milano*; no pude comprar el periódico porque al levantarme del asiento mi *express* silbó con estridencia, emprendiendo veloz carrera por la vertiente de *Villa Torlonia*. Me levanté del asiento, y a fe que no había desahogado bien de mi anterior carrera, y acorruqué al conductor, deseoso de noticias sobre mi patriótico difunto. El *signorino* de los billetes leía a media voz: «... en Milán, un joven español llamado Francisco... (¿chell?) *Francisco Vargas di Z...*, simpático y elegante, locamente enamorado de la bellísima Elsa di Montegone, contralto de la Scala, celoso de cierto gentilhombre, después de una negativa de la bella hetaira, acometió al fustigamiento inglés en la escalera del Parthenon de Piermarini, promoviendo un altercado del cual resultó víctima inconsciente el simpático español. Una preta desconocida logró acercarse a la víctima para cumplir lo que él llamó su obligación...»

«No cabe duda!—me dije, violentándome para no manifestar la emoción...— era él, el amigo de la infancia. Con él, con Roberto de... había pasado los años soñadores (si es que no lo son todos los de esta vida miserable) en el colegio. El bueno del P. Otero le llamaba a Paquito el ángel perdido. Y en verdad que Paquito era un ángel soñador y extraviado, y al presente perdido, pues que no menta el periódico de los lavaderos romanos. A Paquito le encantaba la Revista de las Misiones, y se leía y releía con avidez las narraciones de los lejanos misioneros, asegurándonos a nosotros, que le creíamos, y al P. Otero, que no le creía nunca, que a él había criado Dios para misionero. Pero, ¡casos de la vida! Roberto, que tenía *marcadísima* vocación de ingeniero, llegó a edificar, según sus aficiones, las chozas humildes de la Misión de X, cuando Paquito se encontraba locamente, en Madrid, de la bella Elsa di Montegone y la segna con insustentable por Londres y por París. Por casualidad supe las locuras de Paquito y conocí a la Elsa, hacía unos meses, en el expresito de Marsella a Génova, después del *ceremonioso de dejeuner, messieurs, s'il vous plait*, del mozo del vagón-restaurant. Allí me dirigí con Paquito, a quien había encontrado en Marsella, y allí hablé con Elsa. A Paquito sonreía el idilio; bien lo pudo notar cuando desfilaban ante mis ojos las pirámides salitres de Hyeres, las bravías cuadras de San Rafael, los arcaicos del Estater, las calzadas de Cannes cubiertas de geraneos, la canastilla abriñola de Niza, las rocas de Cap d'Albi, los almenados muros de Mónaco... las sonrisas dulces de la Côte d'Azur y de la gentil Riviera italiana.

Convenido, por fin, de lo que aseguraba el P. Otero, le dejé a Paquito, locamente perdido, allí en Milán, la *città della musica dolce*. Unos meses después, cuando regresaba a Roma, a donde me llevaron mis aficiones, me enteré, como he dicho, del desgraciado suceso. Después leí, en el *Corriere*, que Paquito se había confesado con... el Padre Roberto de... Misionero español de X, que se hallaba casualmente en Milán, de regreso de Roma, a donde había ido llamado por la Congregación de Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

En una mañana fresca de Junio, bajaba por la vertiente soñadora de los Albanos, y mientras el travía eléctrico, velozmente, jugueteaba, ondulaba por las amenas vertientes como el águila que baja de los Alpes ondulando sistemáticamente hasta el fondo del valle, gozábame la vista del viajero sobre el inmenso panorama que se extendía a nuestros pies, posándome, ora sobre las altivas ruinas de los Castelli o sobre las bandadas de caseríos, hoteles y villas de mil colores, posadas como bandadas de aves mensajeras sobre el verdor del inmenso valle, ora sobre los muros y torrescenas rotas de la ciudad que no muere... y sin embargo, mis pensamientos se hallaban, se hallaban, lector mío, asaz lejanos de la admiración y pensamientos de mis compañeros de viaje, dos misas conjuntas, un alemán de bigote rubio, un vero romano paizando e indiferente, dos o tres políticos con aire de pintor o poeta, y tres o cuatro damiselas filósicas.

En Aricia había voceado *Il Messaggero*, por boca de un rapazuelo, tan suco como simpático, el suicidio de un *giovine spagnolo a Milano*; no pude comprar el periódico porque al levantarme del asiento mi *express* silbó con estridencia, emprendiendo veloz carrera por la vertiente de *Villa Torlonia*. Me levanté del asiento, y a fe que no había desahogado bien de mi anterior carrera, y acorruqué al conductor, deseoso de noticias sobre mi patriótico difunto. El *signorino* de los billetes leía a media voz: «... en Milán, un joven español llamado Francisco... (¿chell?) *Francisco Vargas di Z...*, simpático y elegante, locamente enamorado de la bellísima Elsa di Montegone, contralto de la Scala, celoso de cierto gentilhombre, después de una negativa de la bella hetaira, acometió al fustigamiento inglés en la escalera del Parthenon de Piermarini, promoviendo un altercado del cual resultó víctima inconsciente el simpático español. Una preta desconocida logró acercarse a la víctima para cumplir lo que él llamó su obligación...»

«No cabe duda!—me dije, violentándome para no manifestar la emoción...— era él, el amigo de la infancia. Con él, con Roberto de... había pasado los años soñadores (si es que no lo son todos los de esta vida miserable) en el colegio. El bueno del P. Otero le llamaba a Paquito el ángel perdido. Y en verdad que Paquito era un ángel soñador y extraviado, y al presente perdido, pues que no menta el periódico de los lavaderos romanos. A Paquito le encantaba la Revista de las Misiones, y se leía y releía con avidez las narraciones de los lejanos misioneros, asegurándonos a nosotros, que le creíamos, y al P. Otero, que no le creía nunca, que a él había criado Dios para misionero. Pero, ¡casos de la vida! Roberto, que tenía *marcadísima* vocación de ingeniero, llegó a edificar, según sus aficiones, las chozas humildes de la Misión de X, cuando Paquito se encontraba locamente, en Madrid, de la bella Elsa di Montegone y la segna con insustentable por Londres y por París. Por casualidad supe las locuras de Paquito y conocí a la Elsa, hacía unos meses, en el expresito de Marsella a Génova, después del *ceremonioso de dejeuner, messieurs, s'il vous plait*, del mozo del vagón-restaurant. Allí me dirigí con Paquito, a quien había encontrado en Marsella, y allí hablé con Elsa. A Paquito sonreía el idilio; bien lo pudo notar cuando desfilaban ante mis ojos las pirámides salitres de Hyeres, las bravías cuadras de San Rafael, los arcaicos del Estater, las calzadas de Cannes cubiertas de geraneos, la canastilla abriñola de Niza, las rocas de Cap d'Albi, los almenados muros de Mónaco... las sonrisas dulces de la Côte d'Azur y de la gentil Riviera italiana.

Convenido, por fin, de lo que aseguraba el P. Otero, le dejé a Paquito, locamente perdido, allí en Milán, la *città della musica dolce*. Unos meses después, cuando regresaba a Roma, a donde me llevaron mis aficiones, me enteré, como he dicho, del desgraciado suceso. Después leí, en el *Corriere*, que Paquito se había confesado con... el Padre Roberto de... Misionero español de X, que se hallaba casualmente en Milán, de regreso de Roma, a donde había ido llamado por la Congregación de Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

En una mañana fresca de Junio, bajaba por la vertiente soñadora de los Albanos, y mientras el travía eléctrico, velozmente, jugueteaba, ondulaba por las amenas vertientes como el águila que baja de los Alpes ondulando sistemáticamente hasta el fondo del valle, gozábame la vista del viajero sobre el inmenso panorama que se extendía a nuestros pies, posándome, ora sobre las altivas ruinas de los Castelli o sobre las bandadas de caseríos, hoteles y villas de mil colores, posadas como bandadas de aves mensajeras sobre el verdor del inmenso valle, ora sobre los muros y torrescenas rotas de la ciudad que no muere... y sin embargo, mis pensamientos se hallaban, se hallaban, lector mío, asaz lejanos de la admiración y pensamientos de mis compañeros de viaje, dos misas conjuntas, un alemán de bigote rubio, un vero romano paizando e indiferente, dos o tres políticos con aire de pintor o poeta, y tres o cuatro damiselas filósicas.

En Aricia había voceado *Il Messaggero*, por boca de un rapazuelo, tan suco como simpático, el suicidio de un *giovine spagnolo a Milano*; no pude comprar el periódico porque al levantarme del asiento mi *express* silbó con estridencia, emprendiendo veloz carrera por la vertiente de *Villa Torlonia*. Me levanté del asiento, y a fe que no había desahogado bien de mi anterior carrera, y acorruqué al conductor, deseoso de noticias sobre mi patriótico difunto. El *signorino* de los billetes leía a media voz: «... en Milán, un joven español llamado Francisco... (¿chell?) *Francisco Vargas di Z...*, simpático y elegante, locamente enamorado de la bellísima Elsa di Montegone, contralto de la Scala, celoso de cierto gentilhombre, después de una negativa de la bella hetaira, acometió al fustigamiento inglés en la escalera del Parthenon de Piermarini, promoviendo un altercado del cual resultó víctima inconsciente el simpático español. Una preta desconocida logró acercarse a la víctima para cumplir lo que él llamó su obligación...»

«No cabe duda!—me dije, violentándome para no manifestar la emoción...— era él, el amigo de la infancia. Con él, con Roberto de... había pasado los años soñadores (si es que no lo son todos los de esta vida miserable) en el colegio. El bueno del P. Otero le llamaba a Paquito el ángel perdido. Y en verdad que Paquito era un ángel soñador y extraviado, y al presente perdido, pues que no menta el periódico de los lavaderos romanos. A Paquito le encantaba la Revista de las Misiones, y se leía y releía con avidez las narraciones de los lejanos misioneros, asegurándonos a nosotros, que le creíamos, y al P. Otero, que no le creía nunca, que a él había criado Dios para misionero. Pero, ¡casos de la vida! Roberto, que tenía *marcadísima* vocación de ingeniero, llegó a edificar, según sus aficiones, las chozas humildes de la Misión de X, cuando Paquito se encontraba locamente, en Madrid, de la bella Elsa di Montegone y la segna con insustentable por Londres y por París. Por casualidad supe las locuras de Paquito y conocí a la Elsa, hacía unos meses, en el expresito de Marsella a Génova, después del *ceremonioso de dejeuner, messieurs, s'il vous plait*, del mozo del vagón-restaurant. Allí me dirigí con Paquito, a quien había encontrado en Marsella, y allí hablé con Elsa. A Paquito sonreía el idilio; bien lo pudo notar cuando desfilaban ante mis ojos las pirámides salitres de Hyeres, las bravías cuadras de San Rafael, los arcaicos del Estater, las calzadas de Cannes cubiertas de geraneos, la canastilla abriñola de Niza, las rocas de Cap d'Albi, los almenados muros de Mónaco... las sonrisas dulces de la Côte d'Azur y de la gentil Riviera italiana.

Convenido, por fin, de lo que aseguraba el P. Otero, le dejé a Paquito, locamente perdido, allí en Milán, la *città della musica dolce*. Unos meses después, cuando regresaba a Roma, a donde me llevaron mis aficiones, me enteré, como he dicho, del desgraciado suceso. Después leí, en el *Corriere*, que Paquito se había confesado con... el Padre Roberto de... Misionero español de X, que se hallaba casualmente en Milán, de regreso de Roma, a donde había ido llamado por la Congregación de Propaganda para los trabajos de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de X. Rato me movió a es-

cribir a mi buen amigo solicitando noticias de las últimas horas mortales de nuestro querido amigo.

Paquito fue pronosticado por el Padre Otero: un ángel, es lo puedo asegurar, mas un ángel al que el mundo, el primero de los enemigos, añadió, con bofetón inesperado, el adjetivo del pronostico. Paquito fue un nuevo ángel perdido, extraviado.

Currito Centellas

Palma, Octubre de 1912.

Notas de sociedad

Ayer llegó a Palma, procedente de Barcelona, nuestro distinguido amigo el Comisario de Guerra, Interventor de esta plaza, don Antonio Villalba.

Lo acompañaba nuestro estimado amigo y colaborador el joven e ilustrado abogado don Santiago Vilella Crespo, de la Asociación Nacional Católica de Jóvenes Propagandistas de Salamanca. Durante el tiempo que ha permanecido en la Península ha sido director del periódico «La Unidad» de Murcia, en el que tanto se distinguió por sus valientes artículos como por el pseudónimo de «El Licenciado de Salamanca».

Recibamos nuestra cordial bienvenida.

—A bordo del vapor correo rápido «Roy Jaime» saldrá esta noche para Barcelona nuestro estimado amigo y compañero en la Prensa el redactor de «La Vanguardia», de aquella ciudad, D. Emilio Oliver Amorós.

—Ayer llegaron a esta ciudad, de paso para Artá, donde tendrán su habitual residencia, nuestro estimado amigo y colaborador don Lorenzo García y señora, de regreso de su viaje de bodas por España y el Extranjero. Les damos la bienvenida.

—Entre el pasaje salido ayer tarde para Barcelona, a bordo del vapor correo «Balear», figuraban doña Rosalía Gatell, don Julio Sancho, don Julio Peña y sus hijas, doña Dolores Górguez, doña María Yencel, doña Luisa Evelene, don José Lecerz, don Augusto Gulla, don Martín Villalonga, don Pedro Cepó, don Carlos Mayol, don Juan Sala, don Juan Rog, don Juan Guimerá, don Rafael Murquillo, don Ricardo y don Ramón Aguiló, don Gabriel Alemay, don Baltasar Pérez, don Vicente Alemay y don Francisco López.

—Mejoría

Se halla muy mejorada de las heridas recibidas a consecuencia de una caída, sufrida, meses atrás, en la villa de Porreres, la distinguida señora doña Antonia Guasp Barceló, viuda de Felip.

—Celebramos la mejoría y la deseamos pronto y total restablecimiento.

—Un hombre herido

En las inmediaciones de la estación del ferrocarril se registró ayer una sensible desgracia.

Un carretero, llamado Pedro Riuort, de 60 años de edad, tuvo la desgracia de caer del vehículo que guiaba, con tan mala suerte, que éste lo pasó por encima, ocasionándole varias heridas.

—En seguida fué auxiliado por varios transeúntes, conduciéndole a la casa de socorro de la plaza de Santa Eulalia.

—Allí fué curado de primera intención por el médico don Bernardo Obrador.

—En la casa de la villa

Bajo la presidencia del Sr. Alcalde, se celebró ayer, al medio día, en el salón de actos del Ayuntamiento la subasta de las obras de construcción de un puente sobre el torrente de Mal Paz, en el trozo que separa el caserío del Terreno del monte de la Bonanova.

—Se presentaron tres postores: Don Jaime Crespi, que ofreció realizar las obras por el tipo de subasta; don Antonio Fallana, por 0'50 pesetas menos; y don Sebastián Quegias, por una peseta menos.

—La subasta se adjudicó al Sr. Quegias.

—El tipo de subasta era de 1 953'80 pesetas.

—Concejales de servicio

Durante la presente semana estarán encargados de los siguientes servicios los concejales que a continuación se expresan:

—De Gobierno y Policía, don Domingo Pérez; de Alumbrado, Bombas y Regplazos, don Francisco Romo; de Fomento y Beneficencia, don Andrés Riera; de Ensancho y Marillas, don Nicolás Broudo; y de Obras y Empedrados, don Ramón Mancebo.

—En Montesión

A San Alonso Rodríguez

He aquí el programa de los solemnizados cuitos dedicados a San Alonso Rodríguez que se celebrarán este mes en la iglesia de Montesión:

—Días 28, 29 y 30.—Triduo de Cuarenta Horas: Se expone S. D. M. a las siete, y en la Misa de las siete y media se hará el Ejercicio propio de la

Almacenes MONTANER

OTOÑO E INVIERNO

Recibidas las NOVEDADES para Señora y caballero en los artículos que siempre tuveiron estos Almacenes a precio BARATÍSIMOS

Secciones de SASTRERIA para Señora y Caballero

Representantes exclusivos de la tela Grimejín, superior a todos los hules conocidos y del impermeabilizador VIDERRE-GEN, el último adelanto del ramo.

